

LA ESPAÑA ASOMBROSA

España es otra que ayer: no la España rediviva, la monumental que felizmente para el mundo y el arte se conserva tan intacta como eterna; sino la España viva, la palpitante, la industrial, la agrícola, la mercantil, la financiera, que es, a la hora de ahora, una España con alas, con alas de envergadura recia, cuya divisa de trabajo y de triunfo es: “alegría en la acción”.

La España que yo conociera hace apenas diez años, es un Estado histórico en cuanto a sus actividades y resultados; porque comenzaba a despertar de la pesadilla que fue para ella el siglo XIX. La España que recuerdo de entonces no era puntualmente una España de brazos caídos, pero sí de brazos recién desentumecidos. Comenzaba a sacudir la vieja modorra, el adentrado pesimismo, modorra y pesimismo que tenían enfermo de cansera y desconfianza al pueblo español, desde el desastre del 98, cuando su madre perdió a sus hijas para que la madrastra las recogiera; cuando Bartrina, como un eco de la persistente voz popular, exclamó con enajenada franqueza: “Si habla mal de España, es español”.

Aquella acción de la derrota, la que liquidó en Gavioto y en Santiago los remanentes de aquellas sus grandezas que pertenecieron al antaño; la patria del excesivo orgullo maltrecho; la disgustada de sí misma y por eso en dejadez o indiferencia a las eclosiones externas; la España pobre, la España huraña hacia afuera y ensimismada hacia adentro, se ha transfigurado victoriosamente.

La España que yo miraba como una majestuosa estatua de acero toledano, con los párpados entrecerrados y sombríos, la testa doliente derrocada sobre el pecho, el ceño adusto y las alas rotas,

se transformó en el discurrir de diez años, como por obra de encantamiento.

El alba del siglo xx, nos deja contemplar, entre el romántico Mediterráneo y el proceloso mar de Cantabria, una soberbia e imponente figura de matrona alada, con el busto testierguido, tenso y enhiesto el cuello, la noble cabeza en alto, el gesto radiante y las alas desplegadas con elocuencia, como para demostrar las posibilidades de su eminente vuelo.

* * *

La España actual es rica, laboriosa y optimista. Su peseta vale cuatro veces más que el franco; de sus arcas pletóricas salen préstamos al extranjero: el tráfico de sus puertos ha aumentado día a día, sus construcciones navales progresan, la técnica más exigente y propicia dirige sus centros mineros, como sus altos hornos de Bilbao, de Sagunto y del Río Tinto y las carboneras de Asturias. La agricultura hispana va progresando en extensión de tierra barbechada, en cultivo intensivo y en maneras de trabajo a base de maquinismo moderno.

Las fábricas de España se han multiplicado: abastecen las necesidades nacionales y surten mercados exteriores; sus líneas férreas y carreteras han crecido y mejorado considerablemente, sus artes industriales renacen a una actividad innovadora que conserva sin embargo el pujante y bello espíritu de la tradición; el comercio de exportación amplía e intensifica su radio trasatlántico, mes a mes: el número de sus escuelas, de sus academias, de sus centros culturales, de sus casas editoriales, bibliotecas públicas y librerías: así como el de sus grandes hoteles, teatros, fondas, vastos almacenes, ha aumentado de manera prodigiosa.

Todo esto no sólo porque el pueblo español entreabrió sus puertas y ventanas a la edificante luz del septentrión europeo, y comenzó a tender sus brazos cordiales a su América; sino porque España es en sí misma, como dijera don Alfonso el Sabio: “el Paraíso de Dios”. “Entre todas las tierras del mundo, decía aquel Rey, España tiene una plenitud de abundancia y de bondad como ninguna”.

Y así es: cinco ríos la bañan y fecundan: el Ebro, el Duero, el Tajo, el Guadalquivir y el Guadiana, estando todos ellos sepa-

rados por elevadas sierras y vastas campiñas antes yermas, ahora labrantías y en fruto, gracias al brioso trabajo de ese pueblo amable como ninguno, que trabaja cantando y vive sonriendo, y gracias también a que la madre naturaleza ofrenda todo al soleado solar ibero: sabrosos frutos variadísimos, pesca abundante, ganados por doquiera, buen pan, mejor vino: minerales industriales: plata, oro, cobre, plomo, hierro, piedras preciosas, mármoles de todas especies: sal y alumbre, mieles y azúcar, aceite, etc., etc. . .

* * *

El movimiento de sus grandes urbes se ha duplicado o triplicado en doce años. En las calles madrileñas de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo, el río de gentes y vehículos es copioso y constante, y el ruido de este río multicolor, revuelto y sonoro es tal, que cansa los ojos ávidos y aturde; siendo el aspecto popular de esas masas, tan rico en colorido, tan alegre, tan cambiante, tan luminoso con su claro sol levantino, que en las grandes plazas como la de Cataluña y la Puerta del Sol, el cuadro resulta la representación auténtica de la vida española: sana, risueña, activa y pujante, espléndida en matices y enmarcada en el más variado y suntuoso escenario artístico en que la arquitectura de todos los siglos decoró esa tierra divina.

La invencible España que rectificó la Geografía Universal, ya no existe; otra España nueva que no sueña en conquistas, que trabaja, camina y asciende, ha surgido a triunfar y triunfará, no sólo porque tiene y practica sus arraigadas virtudes seculares de bondad e hidalguía, sino porque el buen pueblo español, laborioso, honesto y audaz, ha recobrado sus ímpetus despertando a la confianza en sí mismo, que había perdido; y a la fe en sus destinos, que había olvidado.

Y si la grandeza de una nación no está en su riqueza circulante, en su balanza comercial, en sus abundantes cosechas y sus nutridos ganados; sino en su espíritu, allí está el genio español para conquistar el futuro como dominó en el pasado; pues dice de España André Suarès: "Todo puede esperarse de un pueblo que ha engendrado a Cervantes".

(*Excelsior*, 6 de septiembre de 1927).